

Muerte y sepelio del Dr. Federico Henríquez y Carvajal, primer Presidente que fué de la Academia Dominicana de la Historia

La noche del día lunes 4 de febrero falleció en esta ciudad en su casa de la calle Sánchez, No. 78, el esclarecido ciudadano don Federico Henríquez y Carvajal, primer Presidente que fué de la Academia Dominicana de la Historia.

La muerte del Dr. Henríquez y Carvajal fué causa de profundo duelo para el pueblo y el Gobierno dominicanos, y así lo manifestaron ostensiblemente desde el primer momento que fué conocido ese luctuoso suceso.

El Excelentísimo Presidente de la República, tan pronto como fué informado del fallecimiento, dictó el Decreto que reproducimos en otro lugar de esta misma edición.

La Academia Dominicana de la Historia se reunió igualmente y tomó los acuerdos que se mencionan en el acta que igualmente se inserta en la presente edición de CLIO.

La tarde del día 5 de febrero se llevó a cabo el sepelio del esclarecido extinto con asistencia de una concurrencia extraordinaria. Multitud de coronas cubrían el féretro.

A las 3 de la tarde el cadáver del Maestro fué traído al local de la Academia Dominicana de la Historia, donde permaneció en capilla ardiente hasta las 4 en que fué conducido a la Basílica Metropolitana. Los oficios religiosos fueron presididos por Monseñor Octavio A. Beras, Arzobispo Coadjutor.

Momentos antes de ser sacado el cadáver del local de la Academia el Lic. Manuel M. Guerrero, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santo Domingo, leyó el discurso que también se reproduce en esta edición. El Dr. Manuel de J. Troncoso de la Concha como Presidente de la Academia, despidió al ilustre fenecido con las palabras siguientes:

“El Maestro se ha dormido para siempre.
¡Qué dolor!
Se cumple una ley fatal y lo inexorable de

ella no es sin embargo impedimento para que nos invada la tristeza y se nos impregne de este sentimiento el alma.

¿Qué decir de él, de Don Federico, del Maestro, que no haya sido ya dicho?

Nació y vivió para amar y enseñar. El fué de los escogidos de que nos habló el Señor.

Ejemplar en todo, lo ha sido también, por obra de Dios, para que llegara hasta centenaria su vida terrena, que es desde hoy vida inmortal.

Así como vivió, así murió: En paz con su conciencia. Bueno y sabio fué su misión en el mundo amar; edificar con su palabra.

Por eso se puede aplicarle esto que fué escrito de otro gran idealista:

“Sólo hizo derramar lágrimas a su muerte.”

Cerca de este sitio, ha ya más de tres años, a nombre de la Academia Dominicana de la Historia, cuyo primer Presidente para honra nuestra fué, dije, el fausto día de su centenario:

“Recordados sean para siempre su larga vida, su ejemplaridad y su preclaro nombre”.

Hoy, ante su cuerpo yerto, que mientras fué vivificado por su alma grande, se mantuvo en actividad sin tregua en todo linaje de empresas nobles, al servicio de la Patria, la sociedad y la familia dominicana, sólo acierta mi palabra, en esta hora tristísima, a exclamar, en alto el corazón y la mente puesta en sus grandes merecimientos:

¡Adiós, Maestro!

¡Las puertas del olvido no prevalecerán contra tí!”

Una brigada del Ejército hizo los honores del cadáver de quien fué eximio servidor de la República en diferentes puestos de las ramas legislativa, ejecutiva y judicial del Gobierno.

Estuvieron presentes en las exequias todos los miembros del Gabinete, encabezados por el Secretario de Estado de la Presidencia, Hon. Telésforo R. Calderón, quien, además, llevaba la representación del Excelentísimo Señor Presidente de la República, el Cuerpo diplomático extranjero y numerosos funcionarios públicos y particulares.

El sepelio se verificó en el Cementerio de la Avenida Tiradentes de esta ciudad.

BREVES RASGOS BIOGRAFICOS

Don Federico Henríquez y Carvajal nació en esta ciudad el 16 de setiembre de 1848 en la casa No. 11 de la calle del Truco, hoy de las Mercedes. Al morir contaba, pues, ciento tres años y casi medio. Fueron sus padres don Noel Henríquez y doña Clotilde Carvajal de Henríquez. Cursó sus primeras letras en la escuela dirigida por el que fué prócer de la Independencia don Silvano Pujol. Siguió luego sus estudios en el Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino, bajo la rectoría del esclarecido dominicano Pbro. Fernando A. de Meriño. Muy joven aún empezó a ejercer el magisterio en el *Colegio de San Luis Gonzaga*, dirigido por el P. Billini, filántropo y educador de nombre inmortal. Luego fué profesor en los principales planteles de la capital dominicana, entre los cuales merecen mención especial el *Instituto de Señoritas*, que dirigía la ilustre poetisa y educadora doña Salomé Ureña de Henríquez, la *Escuela Preparatoria*, dirigida por el inolvidable pedagogo don José Pantaleón Castillo, el *Liceo Dominicano*, que dirigía el inmortal autor de las estrofas del Himno Nacional, don Emilio Prud'homme, el *Instituto Profesional*, cuyo Rector era el P. Meriño, de esclarecida memoria. Fué Director del *Colegio Central* y de la *Escuela de Bachilleres* y finalmente Rector de la Universidad de Santo Domingo, de la cual había sido Decano de la Facultad de Derecho y profesor de diferentes disciplinas, singularmente de la de Derecho Internacional Público.

Su labor como periodista fué una de las más brillantes de que ofrece ejemplo la historia de la prensa dominicana. No hay periódico o revista desde los primeros tiempos de su juventud que no conserve en sus páginas algún trabajo suyo de combate, de pedagogía o de índole literaria. Editados o dirigidos por él son prez del periodismo dominicano *El Mensajero*, desde donde hizo patriótica campaña contra los empréstitos de 1888 y 1890 que tan funestos fueron para la República y son el origen de la mediatización extranjera sufrida por ésta en su régimen rentístico y económico durante más de medio siglo; *Letras y Ciencias* y *Ateneo*, de justo renombre, por no citar más.

Como orador su palabra elocuente, edificante y persuasiva le hizo acreedor en justicia al título de tribuno de alta escuela no sólo en el país sino en el extranjero. Como escritor y poeta dejó numerosas obras que son valioso legado para la posteridad.

Americanista fervorosísimo, fué en todo momento campeón de la libertad del Continente. Por sus grandes y nobles empeños en pro de la independencia de Cuba se hizo acreedor al aprecio y admiración del excelso José Martí, el Apóstol cubano, cuya última carta a Henríquez y Carvajal, desde la manigua, figura como brillante página en la historia de la Gran Antilla. En esa carta, que D. Federico llamó y es así como se le conoce, "El testamento político de un héroe", Martí le llamó "hermano".

Patriota sin tacha, D. Federico acudió al frente de combate cuantas veces estuvo o pareció estar en peligro la independencia de la República. Su labor patriótica cuando la Ocupación Militar Americana de 1916 a 1924 es una de sus más nobles preseas.

No obstante su alejamiento de la política partidista no escatimó sus servicios cuando le fueron solicitados en aras de un deber y en diferentes ocasiones desempeñó puestos de importancia, entre otros, el de Presidente del Ayuntamiento de la Común de Santo Domingo, los de diputado, senador, Secretario de Estado, Presidente de la Suprema Corte de Justicia. Representó asimismo a la República con suma dignidad en asambleas internacionales.

Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, que fué su última actividad, estuvo sirviendo ese puesto con amor, sabiduría y asiduidad hasta cuando ya, próximo a los cien años, le faltaron fuerzas para desempeñarlo.

Repetimos las palabras del doctor Manuel de J. Troncoso de la Concha, su sucesor en la Presidencia de la Academia, en la memorable fecha de su centenario:

"Recordados sean por siempre su larga vida, su ejemplaridad y su preclaro nombre".

